El diagnóstico de las enfermedades del pecho. 1900.
Los medios de reconocimiento de las enfermedades crónicas del pecho 1901.
Diagnóstico precoz de la tuberculosis pulmonar. 1902.
El analizador volumétrico. 1896.
La neumoterapia en el establecimiento terápico-sulfuroso. 1899.
Cartilla per a la profilaxia de la tuberculosi (Premio Robert del Cuerpo médico municipal). 1900.
Orientaciones antituberculosas. — Discurso de ingreso en la Real Academia. — Discurso de contestación del doctor Durán y Trinchería. 1911.
Higiene de la tuberculosis. — Libro editado por la Tipografía Católica. Barcelona, 1912.

Necrología del doctor don Jorge Anguera y Cailá

POR EL DOCTOR LUIS CIRERA

Grata tarea es para mí el honroso encargo de esta Academia de dar una nota biográfica del doctor don Jorge Anguera y Cailá, ya que he convivido con él en intimidad de ideas y sentimientos durante una treintena de años.

Mas yo no puedo felicitar a la Academia por el acierto en esta elección, ya que mi pobre pluma no podrá estar a la altura de los merecimientos de esta ilustre Corporación, ni tampoco tiene las dotes necesarias para dar relieve a una figura como era la del doctor Anguera. Bien quisiera, al menos, describirlo, pintarlo, tal como era en su vida, en sus actos todos; «hacer el retrato fiel de la persona, su fisonomía natural, sin añadiduras de adornos, afeites ni postizos», como creía debía ser una necrología uno de los miembros más ilustres que han sido de esta Academia, el doctor Pi y Molist; y entonces, al presentarlo aquí, le reconoceríais vosotros, que conocisteis su valer y sus relevantes cualidades; y quedaría esculpida su figura para que las generaciones venideras aprendieran lo que deja de vida ejemplar mi biografiado.

Nació el doctor Anguera en Reus e hizo sus estudios médicos brillantemente en la Facultad de Medicina de Barcelona; se doctoró en Madrid el año 1867, pasando después un año en París para perfeccionar sus estudios. Vuelto a la ciudad condal, ejerció su profesión con tal acierto, caridad y honorabilidad, que fué llamado a esta Academia, ingresando el 25 de mayo del año 1872, actuando en las tareas académicas durante unos 40 años.

Sin duda que el hecho más culminante que demuestra el valer científico del doctor Anguera, fué su llamada a ingresar en esta docta corporación, joven todavía, cuando esta Academia gozaba de toda la plenitud de sus prestigios, afianzados con ilustres miembros, como los doctores Pi y Molist, Letamendi, Rull, Robert, Carreras, Aragó, Bertrán, etc., etc., y que el día que el doctor Anguera leyó su bien documentado discurso de ingreso, que versó sobre «Etiología y transmisión de la fiebre amarilla», fué un día de júbilo para la Corporación, pues se integraba, formando parte de su ser, un miembro de las bellas prendas que reunía el doctor Anguera.

Y no dudo que si para la Academia fué día de regocijo, no lo sería tanto para él, puesto que forzosamente a él se dirigían en aquel día todos los pensamientos, todas las miradas y todas las atenciones, cosa que había de contrariar extraordinariamente su modo de ser, ya que era amigo de no ser notado, de pasar inadvertido, es decir, poseía en alto grado una virtud eminentemente cristiana: la humildad, madre y dueña de todas las virtudes como dice San Gregorio. Virtud por desdicha poco comprendida en nuestros tiempos. Si agregamos que poseía un espíritu de caridad, de dulzura, que informaba todos sus actos y relaciones, tendremos elementos suficientes para dar una idea todo lo exacta posible de su personalidad.

Su carácter dulce, bonachón, hacía que nadie resistiese a una insinuación del doctor Anguera: Los hombres resisten a los fuertes, que ponderan su poder; a los ambiciosos, que alargan sus tentácu-

los para apropiárselo todo; a los apasionados, que con su acometividad parece constituyen un peligro para el prójimo; enfrente de éstos, recurren a todas sus armas para resistirlos, es decir, *se cierran a la banda*, como tan gráficamente suelen decir los marinos.

Mas ante la dulzura y la verdad simplemente expresada, no hay quien resista: se ganan todas las batallas del espíritu.

Con lo antedicho, ocioso es mentar que no tenía enemigos el doctor Anguera y que le querían cuantos le trataban.

Sin embargo, no se deduzca de esto que la personalidad del doctor Anguera pecaba de flojedad: cuando se trataba de la defensa de la verdad, su carácter era entero, fustigando el error con energía. Como muestra voy a dar un parrafito de la contestación al discurso de ingreso de uno de nuestros compañeros más queridos:

«Se dirá, que tanto el doctor Blanc como yo somos pesimistas, mensajeros de tristes augurios, que turbamos la tranquilidad de los felices de este mundo. También lo dijeron de los videntes que en el esplendor de la corte de Luis XV vaticinaron el reinado del terror. En medio de la grandeza de Roma, Horacio y Juvenal presagiaron su destrucción. No se atacaron las causas morales y políticas de su corrupción, pasaron muchos años y el Imperio romano fué vencido y quedó convertido en espantosa ruina, no restando de sus ostentosas costumbres otras descripciones que las de los satíricos, que las censuraron. Dios haga que en nuestra Europa no suceda otro tanto.»

En su larga vida de labor académica, como actos de relieve aparecen su notable Discurso inaugural de 1987, en que trata «De la Observación y del raciocinio en Medicina», con galanura de estilo, sana filosofía y gran conocimiento de los maestros fundadores de la Medicina; así como la notable contestación al discurso de ingreso de nuestro consocio el doctor Blanc; y es que su carácter no se avenía con los actos brillantes, llamativos, pero le encontraréis constante en la asistencia a las tareas de la Academia y tomando parte activa en sus informes, consultas y discusiones siempre con ecuanimidad y acertado criterio, tan conforme con su modo de ser. Fué Presidente durante algunos años de la Sección de Literatura y Filosofía Médicas y Miembro de la Junta Provincial de Sanidad durante muchos años.

Su numerosa clientela le absorbía gran parte del día; la atendía con acertado criterio clínico, informado por sus muchos conocimientos médicos, y con gran espíritu de caridad; y si bien contaba con clientes potentados y con personalidades de alto relieve que depositaban en él su confianza, tenía como clientes más seguros una buena parte de esa desdichada masa social que ha conocido días mejores y que agotaron la fuente de sus recursos... Para éstos, además de los resortes médicos que ponía en juego, tenía siempre una palabra de consuelo y no pocas veces unas monedas para sus más apremiantes necesidades.

Durante la epidemia de fiebre amarilla de 1870 prestó grandes servicios a la ciudad de Barcelona, asistiendo a todas horas a los enfermos, siempre a disposición de la Alcaldía para acudir adonde se le indicase. Estos servicios merecieron ser grandemente elogiados y premiados honoríficamente por el señor Alcalde. Otro tanto hizo durante la epidemia del cólera de 1885.

Uno de los señores Académicos presentes me refería que durante esta última epidemia era uno de los médicos más abnegados para la asistencia de los atacados, y que un día, después de celebrar una junta con él para un enfermo de pocos recursos, al terminar y despedirse dejó disimuladamente un par de duros encima de la cómoda. Con la clientela acomodada y rica, sus honorarios eran grandemente desinteresados, modestos con exceso. Y para decir toda la verdad he de añadir que miraba con tal desvío toda cuestión de dinero, que sus clientes le pagaban sólo los que tenían decididas ganas de satisfacerle sus honorarios; pues él les daba el menor número de facilidades posibles para el pago. En una ocasión, visitando a unos clientes y amigos suyos, el jefe de la familia insistía en satisfacerle honorarios ya devengados hacía tiempo, y no pudiendo éste obtener una respuesta que le facilitara el pago, le dijo: «Pues, tome usted estas 200 pesetas...» El doctor Anguera rehusaba, a pretexto de que era excesiva esta cantidad, hasta que el cliente le replicó definitivamente: «Tómelas usted, para los pobres.» Palabra irresistible para el doctor Anguera; aceptó en seguida el dinero. Y en otra ocasión me refería una señora, clienta suya, que para evitar esas dificultades ella misma apuntaba las visitas que hacía a su familia, y al final de cada año le enviaba el dinero correspondiente; por supuesto, tasadas las visitas muy módicamente.

Su espíritu profundamente religioso y científico hizo que pusiera todo su esfuerzo en la fundación de la Sociedad Médico-Farmacéutica de los Santos Cosme y Damián, que presidió durante muchos años, gracias a las reiteradas instancias de la Sociedad que le creía insubstituíble, cuando él, por el contrario, humildemente decía que su presidencia era un obstáculo para sus progresos. Y nada más inexacto, ya que a él debió dicha Sociedad su fundación y gran parte del desarrollo que ha alcanzado;

ganándose la consideración que le guardan las corporaciones médicas barcelonesas y un renombre mundial, mediante su órgano *El Criterio Católico en las Ciencias Médicas*, por los estudios de las cuestiones médicas relacionadas con el dogma católico. Así lo comprendieron sus consocios, y al cesar su presidencia efectiva se le nombró Presidente Honorario.

Su salud quebrantada en sus últimos años, no fué parte para que se rindiera su espíritu lleno de vida y de fe; de otro modo no hubiera emprendido una obra altamente humanitaria que se llevó a cabo principalmente por su esfuerzo, la fundación del Hospital del Santo Espíritu para tuberculosos pobres incurables, situado en San Adrián del Besós. Su celo fué dedicado a estos infelices, que ya no les quieren en ningún hospital, como él decía; y deseaba se diera entrada preferente al más desamparado.

Y es que el doctor Anguera, penetrado de la verdad teológica que Dios es quien obra en nosotros todas las cosas buenas, nada confiaba en sí mismo, sino que lo fiaba todo de Dios; aunque nada omitía de su parte, aun imponiéndose los mayores sacrificios. Tenía los ojos fijos en el Creador, del que la Ciencia nos dá cada día una idea más grande; al contemplar el inmenso firmamento con el gran número de nebulosas y los millones de estrellas moviéndose cual gigantescos ríos en la inmensidad de espacio, y con ser todas cual poderosos soles se descubren no pocos únicamente con el auxilio de los más potentes telescopios, como puntos luminosos a nuestra vista, quedando todavía muchos millones de esos puntos reservados para ser descubiertos por las placas fotográficas; y ese destello de luz que nos envían tamizado por la rendija y dispersado por el rowlant, nos da un espectro lleno de rayas características cuyo estudio delata la naturaleza de los componentes del astro, es decir, su composición; y esa luz que nos llega, a pesar de venir con la inconcebible velocidad de 300,000 kilómetros por segundo, se pasa miles de años por el camino en muchísimas estrellas, de modo que si pudiéramos invertir los términos, trasladarnos a esas estrellas y recibir la luz que viniera de la tierra, podríamos todavía contemplar las distintas épocas geológicas, el desarrollo del reino animal, la aparición del hombre y su historia.

Y si nos trasladamos aquí, a este planeta que llamamos Tierra y que resulta ya hiperbólico el llamarle un *punto* perdido en el espacio, después de visto lo inmenso que es, y su contenido, no nos cansaríamos de ver maravillas; limitándonos a nuestro cuerpo, los 37 trillones de glóbulos rojos, y los 74 mil billones de glóbulos blancos que circulan por nuestros vasos, y cada diminuto glóbulo ¡cuánta maravilla encierra y cuántas están esperando la placa fotográfica y el análisis espectral, como si dijéramos; los 350 mil millones de pequeñas fábricas que contiene el hígado, los 900,000 filtros, serpentines y sifones que contiene el riñón, las 6,000 cuerdas de la admirable arpa del órgano de Corti, los 33 millones de instrumentos registradores que forman la capa de conos y bastoncitos de la retina! ¡Qué grandeza revela este conjunto, en el que lo apuntado no es más que una pequeña muestra!

En síntesis, para terminar, señores Académicos, debo deciros que además de la asiduidad en el cumplimiento de su deber en su vida académica, se distinguió el doctor Anguera en su manera de asistir a los enfermos, con amabilidad, dulzura y desinterés verdaderamente evangélicos. Llevaba bien grabado en el fondo de su corazón que el ejercicio de la medicina es un sacerdocio, al que ajustaba todas sus prácticas. ¿Es verdad, señores Académicos, que la meditación de las cualidades del doctor Anguera es de singular oportunidad para recordarlas en nuestros días que estamos amenazados de que invada el ejercicio de la medicina una corriente desmedida de utilitarismo?

En las obras que emprendía se distinguía más que por su constancia y trabajos puestos en ellas, por su optimismo, por una fe sin límites que hacía que su espíritu estuviera siempre en paz, que no se turbara por contrariedad alguna. Si no me engaño, por estas cualidades recogió el fruto del estado en que dejó la Sociedad Médico-Farmacéutica de los Santos Cosme y Damián, y por fin su gran celo por la humanidad, su ardiente caridad para con el prójimo, hicieron el milagro de que sin recursos pudiera dejar fundado el Hospital del Santo Espíritu para tuberculosos pobres incurables.

Enamorado el doctor Anguera de la perfección del género humano, la buscaba en el auxilio mutuo, en las concesiones, en la generosidad, en la caridad cristiana, en el bien, en una palabra, detestando la tendencia materialista actual, que eleva la lucha por la vida al rango de principio universal y hasta la declara benéfica.

Nos dejó, tras penosa enfermedad sufrida con cristiana resignación, el día 14 de septiembre de 1919; Dios habrá premiado tantos merecimientos al que no tuvo otro móvil en todos sus actos que los ejemplos del Crucificado.